

# Cuando las almas se acababan

En puntos muy dispares de los vastos fondos del Océano Atlántico, millones de partículas de cenizas recuperaron la solidez perdida en su aún reciente disolución. Luego, algunas de ellas se sacudieron las arenas abisales con las que compartían espacio, otras abandonaron los mullidos regazos de las algas que las mecían y otras se rebulleron con un desperezo en sus asentamientos rocosos, entre colonos beligerantes, para iniciar un viaje submarino cuyo fin era su reunión. Todas comenzaron a desplazarse enfilando la misma dirección, atendiendo a la misma llamada imperiosa, sabiendo que el éxito de la empresa era el de cada una de ellas. En el camino saturado de peligros soportaron drásticos cambios de temperatura, se enfrentaron a la fuerza de las corrientes marinas, sortearon engaños de sirenas y eludieron bancos de krill condenados a desaparecer tras unas barbas; y todo buceando con premura porque el tiempo las acuciaba. Ya más cerca unas de otras iniciaron una ascensión en diagonal para alcanzar la superficie al unísono, en el lugar exacto. Al punto de conseguirlo, formando entonces entre todas una nubecilla grisácea que enmarañaba la visión de una roca sumergida someramente en la pleamar de la bahía, un plañido que sonaba a despedida definitiva soliviantó a la brisa arregostada a la sal y sus vibraciones traspasaron la superficie rizada del agua. Las cenizas parecieron sufrir un breve caos que terminó en un acercamiento más estrecho. La nubecilla menguó y se concentró y afloró a la luz anaranjada de aquella incipiente anocheada. Contraviniendo la ley de la gravedad, se convirtió en una polvorienta cascada ascendente que salto fuera del agua a la caricia de la brisa. En ese instante, otras partículas de cenizas que habían contemplado los años instaladas en los intersticios de las viejas piedras erosionadas de la muralla de La Alameda, se sacudieron la pátina de sal y de alborozo de espuma de mar y acudieron a la cita. Otras que, junto a esporas y a las palabras pronunciadas que nunca se desvanecen, habían estado dando vueltas alrededor de la tierra sin intención de parar, regresaban a su punto de partida prendidas entre los dedos de una ráfaga de aire. Y todas al unísono buscaron posarse en el interior de un pequeño cofre, tallado en la madera secreta de la raíz de un



*Contraviniendo la ley de la gravedad, se convirtió en una polvorienta cascada ascendente que salto fuera del agua a la caricia de la brisa.*

cerezo, que recordaban como primer hogar y lecho seguro. Pero a diferencia del plañido, que había permanecido enredado en la balastrada de la barandilla de la muralla, el cofre no estaba allí. Después de un momento de estupor y posterior vacilación, como si la ausencia del cofre hubiera sido una posibilidad barajada por todas y hubieran estudiado otras alternativas, saltaron la barandilla y culebrearon por el aire de La Alameda.

Dos cúpulas verdes ofrecían sus espaldas al cielo. Estaban compuestas por millares de grandes hojas carnosas y resistentes que abarrotaban los extremos de las ramas. Unas ramas de longitudes y grosores excepcionales, que nacían de poderosos troncos anclados por raíces fasciculadas que sobresalían de la tierra. Entre el arranque de dos de ellas, que avanzaban hacia la bahía, se posaron las cenizas extendidas.

Del cielo habían desaparecido los colores del ocaso y las estrellas lucían tímidamente. Con aquella luz confidencial, las olas colisionaban contra la muralla, que pulverizaba sus crestas y las enseñaba a volar. Pronto, La Alameda brilló rociada con agua de mar. Y, lentamente, las cenizas se humedecieron. Agua y sal.

Con la espalda apoyada en el tronco de un ficus milenario y las piernas extendidas entre dos de sus sobresalientes raíces, realizó la primera inspiración, trabajosa y sibilante. Y tras unos excesivos segundos de

pausa, la siguiente. Las que les sucedieron impusieron un ritmo lento y desacompañado, pero llevaron hasta la tez macilenta el sutil cambio de color que conllevaba el inicio de la vida. El cuerpo rígido y frío se aflojó y aumentó en unas crecientes décimas su temperatura; hasta el dédalo de arrugas apergaminadas asomó cierta elasticidad; hasta las resacas mucosas empezó a fluir humedad, lentamente, como si se rezumieran. Realizó un primer parpadeo de prueba, para cerciorarse de que era capaz, después repetidamente, para esparcir las lágrimas por el interior de los párpados y la totalidad de los globos oculares. Prosiguió haciendo lo pro-

*Necesitó un tiempo para tomar conciencia de su cuerpo y otro más largo para tomarla de su mente. Cerró los ojos con fuerza para ayudarse a pensar, para recordar.*

pio con la boca, tras recoger con la lengua la saliva que se había ido acumulando en su base, la chasqueó contra el paladar y lamió sus encías. Esperó un instante para producir más saliva y también lamió sus labios cuarteados.

Paulatinamente, el sonido de su propia respiración llegó hasta sus oídos. Sintió la dureza y la lisura del tronco en su espalda y en sus nalgas y piernas la tierra asentada. En la claridad que percibía por las rendijas abiertas entre sus párpados desmayados, se perfilaron formas. Abrió los ojos de par

en par, bruscamente, y vio una balastrada suspendida en un cielo que comenzaba a clarear. Se sobrecogió, desconcertada y desorientada. Levantó un brazo y lo miró con asombro. Necesitó un tiempo para tomar conciencia de su cuerpo y otro más largo para tomarla de su mente. Cerró los ojos con fuerza para ayudarse a pensar, para recordar. Buscó recuerdos torpemente y, al cabo, con alguna habilidad. Recordó fondos oceánicos inmensos, oscuros y salobres; corrientes de aires cálidos donde experimentó lo que era la livianidad; confortables recovecos entre las piedras cargadas de historia de una muralla antigua, hasta donde la brisa llevaba aromas de bahía y de ocasos de sol. Sus recuerdos de cenizas se interrumpieron porque entre ellos se insinuó un nombre: ¿Isabel?, ¿Isabel Palacios?, ¿Isabel Palacios! Lo reconoció como propio. Entonces, en una explosión de entendimiento que la avasalló, lo supo. También tuvo la certeza de que los demás lo ignoraban, de que nadie podía imaginarlo y ni siquiera creerlo como posible si lo contaba. Supo que tenía que callar.

Ella era la primera persona en muchos milenios que tendría que desvivir su existencia. Desvivirla como vida nueva, tan llena de incertidumbres e incógnitas como las demás. Sabía que era Isabel Palacios y que acababa de renacer con ochenta y tres años para empezar a des-cumplir. ¿Todos?



**Bienvenida Vidales Sánchez**

Auxiliar de Enfermería

3º Premio Modalidad A Narraciones Cortas 2006